

Roberto Arlt, la nación y su angustiosa trayectoria

ZULMA SACCA

Centro Polivalente de Arte, Salta, Argentina

RESUMEN

En las primeras décadas del siglo XX, la Argentina sufrió un desajuste económico y social respecto del plan estratégico de 1880. Los acontecimientos históricos rompieron el modelo de la prosperidad infinita y pusieron de manifiesto la disolución del ser nacional en revueltas militares, fraude electoral, corrupción, caudillismo y brechas profundas entre regiones y clases sociales. Hacia 1930, la escritura de Roberto Arlt se presenta como un cuestionamiento acerca de los límites del proyecto modernizador y de las instancias más significativas del mandato de progreso histórico. Los personajes de sus ficciones le permiten al escritor proyectar una interpretación no solo de su ser caído y angustiado, sino también del sujeto desligado de aquella sociabilidad propuesta por la generación de los románticos y que en 1880 parecía determinar una identidad estable, según reglas aparentemente seguras. El escritor posee la visión de que 1930 es el momento histórico que exige otro estatuto de lo real. El efecto de lectura de la obra de Arlt reside en la manipulación indefinida del lenguaje literario a través de la propuesta de personajes anclados en la percepción de un mundo que los excluye y de una peripecia narrativa que devela la descentración de la Historia como relato total. Consecuentemente, su eficacia es impactar y movilizar el cuerpo social a través de la producción imaginaria como una versión literaria de la Historia.

PALABRAS CLAVE: Narrativa argentina, Roberto Arlt, progreso, historia, modernidad.

SUMMARY

In the first decades of the 20th Century, Argentina endured an economic and social break down in regard to the strategic plan of 1880. The historical events severed the infinite opulence model, and showed the dissolution of the national self in military revolts, electoral fraud, corrup-

tion, caciquism, and deep gaps between districts and social classes. By 1930, Roberto Arlt's writing is a questioning about the limits of the modernizing project, and of the most meaningful stages of the historical progress' request. The characters of his fictional work allow the writer to portray not only the anguished and fallen self, but also the subject detached from the sociability proposed by the romantic generation that, in 1880, seemed to determine a stable identity, according to apparently safe rules. The writer's insight is that 1930 the historical moment that demands a different condition for what is real. The effect of reading Arlt's works resides in the indefinite manipulation of the literary language by proposing characters that are anchored in perceiving a world that excludes them, and a narrative vicissitude that reveals an off-centered History as the binding story. Consequently, the outcome is to impress and marshal the social body through the imaginary production as a literary version of History.

KEY WORDS: Argentinian narrative, Roberto Arlt, progress, History, modernity.

A COMIENZOS DEL siglo XX, la literatura argentina resignifica sus propósitos revolucionarios: explora en el centro mismo de las palabras en busca de una instancia de dispersión. Algunos escritores de los años 20 y 30, como Armando Discépolo y Roberto Arlt, radicalizaron las variaciones de la palabra social con el fin de dismantelar el dominio reservado de los bienes culturales. Este es el momento para restituir el intercambio simbólico desde el reconocimiento laborioso de una identidad homogénea y desde el presupuesto de que la literatura argentina está llamada a interpretar los procesos que constituyen la nacionalidad.

El proyecto de nación de los hombres de 1837 queda atrapado en la negación de contradictorios acontecimientos históricos. Las consignas de la Revolución de Mayo se anulan en los antagonismos económicos y sus formas simbólicas se vacían desmintiendo la salvación a través del progreso. Hacia el Centenario –1910– la Argentina vive el extravío de lo real y de lo histórico; los días finales de la presidencia de Carlos Pellegrini estuvieron signados por la situación inaceptable de la carencia de dirigentes que regularan el consenso y que prolongaran el proyecto estratégico concebido a lo largo del siglo XIX. El sistema político y cultural en suspenso y sin conclusión imputó al futuro la necesidad de remontar el tiempo para prevenir la desaparición de la historia de la patria. Tal vez este sea el motivo por el cual la producción imaginaria del siglo XX busca conjurar la pérdida de sentido y la irrealidad esta historia resignificando con insistencia la era fundacional de 1837.

Pasado el Centenario, junto al contexto internacional de acelerados cambios y peligrosas amenazas de autodestrucción, la realidad argentina padece la excesiva repetición de desastres agropecuarios, financieros y comerciales

implicados en las instancias estructurales de sostén: crisis políticas, militares y morales.

El proceso de modernización del país tuvo como consecuencia el surgimiento de problemas de índole diversa. “La cuestión social” designaba a aquellos problemas derivados de la formación de una clase trabajadora con organizaciones propias, ideología contestataria y mecanismos de protesta. Por otro lado, se planteó la evidencia de que, si bien el proceso de construcción del Estado había culminado exitosamente con la presidencia de Roca, el alud migratorio posterior había dado origen a una sociedad nueva, que conservaba escasos nexos con la sociedad criolla tradicional. La aspiración de la dirigencia consistía en imponer un conglomerado simbólico destinado a integrar una actuación social conflictiva en un destino común que fracasaba continuamente.

Hacia 1930, la literatura de Roberto Arlt cuestiona los límites del proyecto civilizador¹ y de las instancias más significativas del mandato de progreso histórico. Su escritura descompone los mecanismos del sistema de representación económica y de organización geométrica de las relaciones sociales (cuadrículado, alambrados, muros). El carácter de excluido del protagonista de sus novelas, Remo Erdosain, le permite al escritor proyectar una interpretación, no solo de su ser caído y angustiado, sino también del sujeto desligado de aquella sociabilidad propuesta por los hombres del 37 y que, ya en los 80, parecía determinar una identidad estable según reglas aparentemente seguras. Con Arlt hubo un cambio decisivo: el reflejo del autor en el personaje novelesco se funda en la condición de un individuo enlazado con el mundo a partir de un juego de signos cuya lógica guarda cualidades similares a la lógica económica, una lógica flotante y fluctuante.

La producción novelística, en este caso, es la equivalencia original que permitiría producir bienes fuera del esquema del dinero como ganancia y del trabajo como reclusión. Permitiría la producción de artefactos potenciales, implicados en lo natural y contruados como las réplicas de un modelo integrador y estratégico en tanto sostén del ideario fundacional.

La dispersión del modelo de progreso se instala simbólicamente en la novela *Los siete locos* (1929) de Roberto Arlt. En este caso, la palabra intenta

1. “Civilizarnos, mejorarnos, perfeccionarnos, según nuestras necesidades y nuestros medios: he aquí nuestros destinos nacionales que se resumen en esta fórmula: Progreso...” (Juan Bautista Alberdi, “Ideas para presidir la confección del curso de filosofía contemporánea”, en *Obras selectas*, Buenos Aires, La Facultad, 1920, p. 75.

recobrar el código místico de los intercambios desde la metáfora del hombre expulsado y arrojado de la comunidad. En los albores del siglo XX, la Argentina muestra el desajuste económico y social del plan estratégico de 1880 porque los acontecimientos históricos rompen el espejo de la prosperidad infinita para reflejar la disolución del ser y de los cuerpos en revueltas militares, fraude electoral, corrupción, caudillismo y brechas profundas entre regiones y clases sociales.

La desdicha de los personajes, el abandono y la locura se amplían cuando conciben sus vidas como la imagen equivalente de la degradación del mito energético-económico propio de la modernidad. La desdicha es la consecuencia de la falsificación del orden ilusorio de la no diferencia. Mientras viaja en tren, Erdosain piensa:

...Y sin embargo, todo continuaba lo mismo; el sol lucía allá en los campos: habíamos dejado atrás los frigoríficos, las fábricas [...], las fundiciones de vidrio y de hierro [...] las avenidas a pavimentar [...] Y ahora comenzaba, traspuesto Lanús, el siniestro espectáculo de Remedios de Escalada, monstruosos talleres de ladrillo rojo y sus bocazas negras, bajo cuyos arcos maniobraban las locomotoras, y a lo lejos [...] se veían cuadrillas de desdichados apaleando grava o transportando durmientes. Más allá, entre la raquítica vegetación de plátanos intoxicados por el hollín y los olores del petróleo, cruzaban la senda oblicua de los chalets rojos para los empleados de la empresa, con sus jardincitos minúsculos, sus persianas ennegrecidas por el humo y los caminos sembrados de escoria y carbonilla [...]²

La desdicha, por acumulación metafórica, se vuelve en intoxicación y se generaliza en la serie de persianas de casas idénticas ennegrecidas por el carbón. La caída personal se amplía colectivamente, se proyecta en la circulación de un lenguaje literario que, en gran medida, se sustenta en la premonición de una encrucijada revolucionaria cuya apuesta ya no será social sino ontológica. Roberto Arlt posee la visión de que 1930 es el momento histórico que exige otro estatuto de lo real. Es decir, el centro de lo revolucionario deberá situarse por encima del efecto estructural de las disyunciones que sostuvieron hasta el momento las ideas de nación y de Estado. Cada término de la disyunción se convierte en su otro imaginario y es allí donde la propuesta de Arlt se escribe

2. Roberto Arlt, *Los siete locos*, Buenos Aires, Planeta, 2002, p. 62.

como revolucionaria: la historia concebida como decisión de progreso queda encerrada en su propio cerco y, afuera, adquieren sentido aquellos términos imaginarios surgidos como correlato del proyecto civilizatorio. Hasta aquí, las marcas del progreso se sostenían en palabras de los mentores de 1837, como las de Alberdi cuando dice “[...] la felicidad individual se encuentra ligada a la felicidad del género humano, pero su punto de partida es siempre su nacionalidad”.³ La vida de los hijos de inmigrantes lo desmienten, solo basta releer los términos de oposición de la campaña bárbara fue la ciudad; por ello lo urbano se identifica con lo marcado, lo separado y lo distinto. La reciprocidad que requiere la ciudad en este momento de la historia se encarna, para Arlt, pesarosamente en el ghetto, en el movimiento de masas, en el trabajo obrero y en los espacios parcelados.

Es evidente que la racionalidad y sus relatos consecuentes de progreso y de “normalidad” se circunscriben en una superioridad absoluta originada en el hecho de que toda categoría “marcada” será proscrita como base para definir lo esencialmente humano. En este sentido, *Los siete locos* profundiza en una segregación sucesiva que se define por los signos propios del progreso. Los campos cultivados, el frigorífico y la fábrica forman una serie cuya función es disgregar y luego expandir el principio de exclusión. El progreso hacia lo universal, hacia la civilización, excluye las cualidades diferentes: “desdichados”, “intoxicados”, “minúsculos”. Aquellos que quedaron fuera de la marca, “más allá”, como piensa Erdosain, no son signos de ningún intercambio, no pueden participar en ningún intercambio en función del progreso. Cuando necesita ver al Astrólogo y a los de la sociedad secreta, Erdosain viaja del centro a la periferia. En el centro de la ciudad es un extranjero, sus marcas son la desdicha, su culpa es su imaginación y su angustia es la manifestación de su anomalía irreversible.

La ciudad moderna no posee un lugar para Erdosain y los de la sociedad del Astrólogo. Erdosain, acorralado y rechazado, va hacia la búsqueda de una solución imaginaria viajando en tren a la casa del Astrólogo o a casa de la familia Espila. Su “suerte distinta” ya no está en “abrirnos camino a la patria”⁴ como imaginaba Sarmiento, sino en la representación de la fatalidad individual situada en la marginalidad de sus anfitriones, expulsados del confort urbano y paralizados por la angustia. La búsqueda del protagonista se dirige

3. Juan Bautista Alberdi, *Obras selectas*, Buenos Aires, La Facultad, 1920, p. 74.

4. Domingo F. Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, Buenos Aires, Kapelusz, 1982, p. 233.

a la negación del privilegio de “la suerte diferente”. Por lo tanto, se instala en la enajenación (la sociedad del Astrólogo) y en la separación (la ruina de los Espila). Curiosamente, la solución imaginaria intentará recuperar el tiempo y el espacio urbanos a través de un desorden, de la invención de un artificio y de la destrucción del acto social porque “la sociedad secreta” no se iniciará mediante un suceso vital, sino mortal: el asesinato de Barsut.

En el proyecto de la sociedad del Astrólogo, la muerte de Barsut deberá articular el nuevo orden social de las colonias en la Patagonia, a la vez que acordará la inmunidad para la tecnología que actuará como soporte comunitario. Es posible interpretar la angustia del protagonista, su ruina y su condición de hombre maldito, más que como el mensaje de la desesperanza, como la afirmación de que la vida y la muerte se reiteran y se suceden en nosotros. Es en esta colectividad del “nosotros” donde puede reconocerse la idea de la muerte continua como el pago de la angustia por la propia muerte. En las primeras décadas del siglo XX, las categorías de riqueza material y progreso social se transformaron, para la Argentina, en los signos de la enajenación y la explotación.

Para Erdosain, la explotación por el trabajo productivo se ha desestructurado como ilusión. El valor referencial de la satisfacción se desplazó y se perdió para dar paso a la desdicha. La crisis del sistema de producción es el espejo de una trayectoria individual vacía y perturbada. En la vida del personaje no existe una adherencia a las fuerzas de trabajo productivo, él es quien resiste y escapa. El índice del fracaso se actualiza por medio de la catástrofe en la Compañía Azucarera. Erdosain no logra conmutar su valor como empleado, porque transgrede el pacto de devolver a través de la fuerza de trabajo una función que no le ha sido asignada, la de robar: “Sabía que era un ladrón”. El robo tampoco lo incluye en el sistema de circulación económica: el dinero del desfalco no sirve como instrumento de capital, se escurre entre sus dedos, sirve para pagar algún menú exquisito y lo usa como obsequio a los Espila. A continuación, Erdosain niega nuevamente la posibilidad de adherencia a la fuerza de trabajo porque confirma que no puede convertir su trabajo en capital: “...-¿Por qué anda tan mal vestido? -interrogó. -No gano nada como cobrador...”⁵

5. R. Arlt, *Los siete locos*, p. 24.

Su fracaso como empleado permite concebir al relato como una operación discursiva fundada en la caída del protagonista. El trabajo no es un medio de acumulación, tampoco es suficiente para reabsorber en bienestar o en privilegio la vida invertida en tiempo y en pensamiento. Es más, ser empleado de la Azucarera no se cristaliza ni como deseo ni como pasión; al contrario, el trabajo es la medida de la imposibilidad de representarse como ser humano y de concederse una función como una pieza más del sistema:

[...] Pero él ya estaba vacío, era una cáscara de hombre movida por el automatismo de la costumbre [...] Si continuó trabajando en la Compañía Azucarera no fue para robar más cantidades de dinero, sino porque esperaba un acontecimiento extraordinario –inmensamente extraordinario que diera un giro inesperado a su vida y lo salvara de la catástrofe que veía acercarse a su puerta.⁶

Los siete locos es una novela donde el trabajo productivo se figura como una ausencia. Si el elemento esencial del trabajo es el de ser el nexo entre el individuo y la maquinaria colectiva, si sus marcas de urbanidad son el escenario de la sociabilidad moderna, entonces la anomalía de los personajes anula estos valores para sustituirlos por una dramatización, por una simulación de crisis y por el desmontaje de las fuerzas productivas. Actúan el padecimiento y la incomunicación en una comunidad ficticia –la sociedad del Astrólogo–, cuya base es el conocimiento distorsionado de la realidad social.

El desafío de elegir un destino fijado en un sistema de dones lleva implícito el desafío de la reversión. Así como sucede en el relato del hastío de los personajes de Cambaceres, del mismo modo el destino de Erdosain significa la desdicha materializada en la correlatividad de fracasos. Primero como empleado, luego como esposo, finalmente como inventor. Las tres derrotas obedecen a la dislocación biográfica y psicológica del personaje, y responden a la falta de eficacia simbólica de las marcas del proyecto histórico y social que, no solo debían actuar como control, sino también como los intercambios equivalentes proveedores de protección, seguridad y gratificación.

La pérdida de la referencialidad se consume en el fracaso del matrimonio de Elsa y Erdosain. El abandono hace realidad para Erdosain el presentimiento de perder la conexión con el mundo y su cuerpo dolorido se convierte

6. *Ibid.*, p. 22.

en el signo de la descomposición simbólica de las relaciones sociales. La complejidad del fracaso matrimonial tiene que ver con la disociación del individuo en tanto queda emocionalmente vacío, desencadenado de la lógica social y amurallado en su propio discurso. El silencio y la falta de iniciativa para la acción designan la actualización del sacrificio y la repetición de la muerte, por eso el dolor de la pérdida se irradia en su cuerpo y en la sensación de angustia permanente. El fracaso como esposo excluye al personaje de cualquier proyecto social, más aún evidencia la imposibilidad de reproducirse como especie y como pasión.

El destino de Erdosain se reviste de intensidad con sus juegos de inventor. Ser inventor es su consigna para existir. La invención de objetos superfluos, instalados en la serialidad y en la desmesura de la inutilidad, hace que el personaje guarde una continuidad secreta con el mundo. Separado de la lógica del trabajo como producción de bienes de uso y de la oportunidad de acumular capital o prestigio, Erdosain juega con los reflejos de la modernidad. Entonces, elige desarrollar el destino de la ausencia al encadenar la creación de otra sociedad, de una colonia que llene el espacio vacío en la Patagonia argentina. La sociedad del Astrólogo –aunque fundada en la falsedad de oro acuífero y dependiente del asesinato de Barsut– no solo posee una ley, sino también su propia convergencia de lugares y habitantes y su propia generación productiva:

[...] El Astrólogo se desentendió de la réplica:
 –[...] Vea que por ahora lo que yo pretendo hacer es un bloque donde se consoliden todas las posibles esperanzas humanas. Mi plan es dirigirnos con preferencia a los jóvenes bolcheviques, estudiantes y proletarios inteligentes. Además, acogeremos a los que tienen un plan para reformar el universo, a los empleados que aspiran a ser millonarios, a los inventores fallados –no se dé por aludido, Erdosain–, a los cesantes de cualquier cosa, a los que acaban de sufrir un proceso y quedan en la calle sin saber para qué lado mirar [...]”⁷

Ser inventor define la marca inmutable de Erdosain y exalta el orden ficticio y convencional del mundo concebido por la racionalidad civilizadora: universo ficticio y convencional, mundo narrativizado, en definitiva: mundo novelado. La rosa de cobre es la metáfora que revela el signo inverso del “des-

7. *Ibid.*, p. 115.

tino de la patria” sarmientino y revela también la violencia que requirió la Argentina civilizada para consolidarse en un modelo de estado. El secuestro y asesinato de Barsut no es otra cosa que la re-narración de la fundación de cualquier comunidad, en este caso, la Argentina que aspira a categorizarse como Estado, patria y territorio. A la vez, esa violencia de “civilizados a tiros”, como escribía Roberto J. Payró, debió corroer cada vida particular en el sentimiento de una tragedia inminente.

En el tratamiento de esta mitología se halla el fundamento de Arlt para la creación de un personaje como Erdosain, a quien la catástrofe arrastra cada vez más lejos de lo real, de la historia y del destino. En definitiva, los signos que implican estas relaciones sociales y este poder social, y que tienen que ver con vaciar y expulsar, exaltan el deseo de sustituir este mundo con uno nuevo y de unir lo disperso a través de la invención de sustancias químicas.

En la sociedad del Astrólogo, el aparato ideológico y pasional para organizar un nuevo mundo deberá ser el equivalente general de los ideales del industrialismo. Allí, el trabajo se convierte en destino, en potencia y en historia. Generar capital se convierte en aspiración comunitaria, tanto en las propuestas sarmientinas como en los integrantes de la sociedad del Astrólogo porque se trata de una sustitución del orden natural:

... –¿De manera que una de las bases de su sociedad sería la obediencia?
–Y el industrialismo. Hace falta oro para atrapar la conciencia de los hombres. Así como hubo el misticismo religioso y el caballeresco, hay que crear el misticismo industrial. Hacerle ver a un hombre que es tan bello ser jefe de un alto horno como hermoso antes descubrir un continente. Mi político, mi alumno político en la sociedad será un hombre que pretenderá conquistar la felicidad mediante la industria [...]

Para Erdosain la organización del orden revolucionario es la instancia previa a la racionalidad productiva del capital. La producción de dinero, de oro o de objetos suntuarios no es otra cosa que la invención de un artificio que, aparentemente situado en la referencia a lo natural, permitirá la proliferación de todos los signos y de todos sus fantasmas en uno solo: el proyecto de control.

La eficacia de la obra de Roberto Arlt reside en la manipulación indefinida del lenguaje literario a través de la propuesta de personajes anclados en la percepción de un mundo que los excluye y de una peripecia narrativa que devela la descentración de la Historia como relato aglutinante. Consecuente-

mente, su efecto es impactar y movilizar el cuerpo social a través de la producción imaginaria en su versión literaria de la historia.

La naturaleza de la palabra en Echeverría, Alberdi y Sarmiento se erosionó en su potencia revolucionaria, dejó de hacer Historia. La obra de Arlt aspira devolver a la palabra esa fuerza analógica en su contenido mítico. De esa manera, subsiste la posibilidad de que la labor del artista (que incluye en su sentido amplio la invención y la artesanía) sea revolucionaria y afecte la operatoria del signo en su valor de intercambio y de reversibilidad.

La dinámica de lo nuevo arrasó con la vida anterior y con su alucinación de voluntad colectiva. El avance del siglo XX traza el final de una configuración mensurable de los modos de producción, de los consensos morales, de la riqueza social y de la determinación histórica que los contenía. La enorme movilidad social de los años 1950 y 60 se manifiesta en la línea de un discurso atrapado en la esperanza: la recuperación del mito del trabajo. Este discurso, rebosante y subsidiario de la alegoría del paraíso por fundar, se define como una operación simbólica en la prefiguración ambigua del protagonista de *Los siete locos*, héroe caído pero redimido por sus sueños industriales. Roberto Arlt, como escritor utopista, “poseedor de un sueño para cambiar el universo”,⁸ hace efectiva la devolución de la palabra a su materialidad para expresar una existencia mutable y diversa. ☺

Fecha de recepción: 15 febrero 2012

Fecha de aceptación: 5 abril 2012

Bibliografía

- Alberdi, Juan Bautista, “Ideas para presidir la confección del curso de filosofía contemporánea”, en *Obras selectas*, Buenos Aires, La Facultad, 1920.
- Arlt, Roberto, *Los siete locos*, Buenos Aires, Planeta, 2002.
- Barthes, Roland, *Introducción al análisis estructural del relato*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1966.
- Baudrillard, Jean, *Las estrategias fatales*, Barcelona, Anagrama, 1984.
- *Crítica de la economía política del signo*, México, Siglo XXI, 1991.
- *El intercambio simbólico y la muerte*, Caracas, Monte Ávila, 1992.
- Echeverría, Esteban. *Dogma socialista*, en *Obras completas*, comp. y bibliografía de J.M. Gutiérrez, Buenos Aires, Ediciones de Antonio Zamora, 1951.

8. *Ibid.*, p. 68.

- Ford, Aníbal, *Desde la orilla de la crítica, Ensayos sobre identidad, cultura y territorio*. Buenos Aires, Puntosur, 1987.
- Girona Fibla, Nuria, *Escrituras de la historia. La novela argentina de los 80*, Valencia, Universitat de Valencia, 1995.
- Greimas, Algirdas, y Jacques Fontanille, *Semiótica de las pasiones*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Halperin Donghi, Tulio, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Editores de América Latina, 2004.
- Martínez, Tomás Eloy, “Argentina entre la historia y la ficción”, *Página /12*, 5 de mayo de 1996.
- Ricoeur, Paul, *Temps et Récit*, 3 vols., París, Seuil, 1983-1985.
- Rosa, Nicolás, *El arte del olvido*, Buenos Aires, Puntosur, 1990.
- Sarmiento, Domingo F., *Recuerdos de provincia*, Buenos Aires, Kapelusz, 1982.
- Viñas, David, *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1988.
- White, Hayden, *El contenido de la forma*, Barcelona, Paidós, 1987.